

2. Ricardo Azuaje. (2007). *Tres novelas cortas*. Cumaná: Universidad de Oriente.

Fabián Coelho
Tesisista de la Escuela de Letras
Universidad de Los Andes

Sin duda, el caso de Ricardo Azuaje (Altagracia de Orituco, 1959) merecerá algún día especial mención por parte de los historiógrafos de la literatura venezolana, pues resulta curioso que su obra no haya alcanzado a estas alturas (veintitrés años desde la publicación de su primer libro) el manto protector de las grandes casas editoriales.

A pesar de que empezó publicando con Monte Ávila en 1986, a los veintisiete años, con el libro de relatos *A imagen y semejanza*¹, cuyos cuentos merecieron la atención de José Balza y de Julio Miranda a la hora de armar sus dos antologías del cuento venezolano²; a pesar, también, de que publicó sus novelas primera y segunda en Fundarte³ (la segunda meritoria del premio de narrativa homónimo, y la primera sin necesidad de galardón para despuntar), sus libros han ido cayendo en el olvido editorial y sus fieles lectores se rehúsan a deshacerse de ellos, razón por la cual no es fácil encontrar ningún libro suyo en las librerías comerciales o en las de usados. A continuación una lista en orden cronológico de las editoriales que han publicado a Azuaje: 1986: Monte Ávila Editores; 1991 y 1993: Fundarte; 1995: Ediciones Angria; 1998: Editorial Memorias de Altagracia; 1999: Taller Editorial El pez soluble; 2003: El Lobey Ediciones.

Excepcional caso el de Azuaje, quien en lugar de empezar en editoriales artesanales y alternativas, empieza publicando en la editorial más importante del país para luego acudir a editoriales pequeñas, alternativas y artesanales, hasta terminar publicando, en 2003, en una editorial de la isla de Tenerife, desconocida por el público lector venezolano, cuyos libros no tuvieron mayor distribución en el país.

Entendamos pues, de una vez por todas, que el caso de Azuaje es atípico.

Críticos como Antonio López Ortega se espantan de que un narrador de su talla siga padeciendo de esa timidez o discreción (no sé cómo llamarla, no sé a qué atribuirle) editorial. Por otro lado, lo más impresionante resulta el hecho de que Azuaje sea reconocido como uno de los mejores narradores venezolanos de los noventa por los entendidos en la materia y prueba de ello son las generosas menciones que hacen de sus novelas Juan Carlos Méndez Guédez, Rafael Castillo Zapata, Julio Ortega, Luis Barrera Linares y Julio Miranda, por sólo citar algunos nombres. Sin embargo, hasta hace poco, sus novelas, celebradísimas por la crítica, apreciadísimas por sus lectores, no contaban si quiera con una reedición.

En el año 2007, conscientes de esta situación, la Dirección de Cultura y Extensión de la Universidad de Oriente recopiló en un volumen tres de las cinco novelas hasta ahora publicadas por Azuaje bajo el título de *Tres novelas cortas*, que encierra en gran medida una característica constante en la novelística azuajina: la extensión.

Ricardo Azuaje es narrador de entre cincuenta y cien páginas, y las tres novelas reunidas responden a estas características: *Juana la Roja y Octavio el Sabrio* si acaso sobrepasa los setenta folios, *Viste de verde nuestra sombra* llega apenas a las cuarenta páginas, y *Ella está próxima y viene con pie callado*, por poco supera las cincuenta. Quizá sea esto lo que le otorgue a sus novelas ese ritmo ágil, veloz, y esa composición en apariencia sencilla que esconde una trama profunda y de arquitectura interna compleja y bien acabada, llevada a grados de complejidad geniales para ser resueltas sin ofender las expectativas del lector. Sus novelas, además, tienen *gancho*, ese poder de atraer y fascinar al lector desde las primeras líneas y no soltarlo hasta el final, una virtud que no abunda.

Desde *Juana la Roja y Octavio el Sabrio*, Azuaje nos atrapa en la historia de Juana y Octavio. Dos personajes que se prestan al dinamismo dicotómico que tan útil les fuera a Sarmiento y a Gallegos para mostrar dos caras opuestas, enfrentadas, de la realidad de un país. Octavio es el joven apegado al *establishment*, que estudia derecho, que tiene una vida ordenada, dedicada al estudio, sin excesos graves, y que cultiva una incipiente relación

con una chica que reúne todos los atributos que espantarían a un marxista-leninista convencido. Juana, su madre, es su opuesto, una activista política de izquierdas, sin techo, sin dinero, con una vida disipada, y con una juventud (tuvo a Octavio a los quince años) que perdura en su carácter jovial, que hace libre ejercicio de su sexualidad. Es un personaje vital, trágico, íntegro, profundamente sensible, alegre, radiante, y lleno de una energía inagotable que con el discurrir de la historia va mostrándole a su hijo otra cara menos severa de la vida:

Déjate ir, Octavio, dale riendas al caballo, deja salir toda esa energía y llegarás lejos, más allá de Mérida o Doral Beach. La mitad de la carrera se corre adentro, muchos ignoran ese importante detalle y por eso se quedan, y después se pasan el resto de su vida responsabilizando a causas externas su estancamiento, esa inercia que les corroe el alma y la salud moral (p. 90).

Julio Miranda (1998: 408), aquel crítico despiadado y lúcido, dice que Azuaje nos lega en Juana uno de los personajes más inolvidables de la literatura venezolana. Y con razón. Su aventura guerrillera, que se despliega a principios de los años ochenta, esa década funesta que se traía bajo la manga un Viernes negro y un Caracazo, hace que su vida se le cruce con la del hijo que le había arrebatado el divorcio: Octavio, y, a partir de este punto, Octavio inicia un recorrido a través de capítulos de su infancia y adolescencia relacionados con Juana. La separación, el divorcio, la larga estadía con su abuela en Valencia separado de ambos padres, y un mítico viaje familiar realizado a Curaçao. Todo lo va recuperando para sí, lo va tratando de poner en orden, de entenderlo, de observar su vida en perspectiva, ese mecanismo de reconstrucción de la memoria que permite recuperar lo bueno y borrar lo malo. Así, la narración que se ha ido armando entre los planos del presente y los que la rememoración va interpolando, nos conduce hasta la definitiva masacre de Cantaura, donde Juana morirá, y a un idílico último encuentro entre Juana y Octavio llevado a cabo frente al mar, en uno de los reductos de la nostalgia guerrillera: Machurucuto.

Este universo novelesco, que tiene como escenario la ciudad de Caracas entre los años 1982 y 1993, continúa en *Viste de verde nuestra sombra*, noveleta de vertiginoso ritmo cuyos acontecimientos se desarrollan en cuestión de pocas horas y durante una noche.

Esta vez lo que dinamizará la trama será la búsqueda identitaria con los antepasados indígenas y la encarnará Orlando, joven que se transforma en indígena y sale, hacha en mano, a sembrar el caos en la ciudad. Pronto su novia, Alba, y un amigo común, el joven profesor de literatura Colmenares, quienes además tuvieron una fugaz relación (lo cual le otorga triangulares proporciones a la trama), saldrán tras su pista para evitar una desgracia.

El Metro, el Bulevar de Sabana Grande, el Parque Los Caobos, serán algunos de los escenarios que deberán recorrer con el olfato de Colmenares quien entiende, súbitamente, que al perseguir a Orlando debe seguir la ruta que él mismo haría en la ciudad. Aunado a eso, Orlando va sembrando caos y destrucción a su paso, lo cual contribuye a guiarlos a su encuentro pero también va poniendo en guardia a los cuerpos de represión del Estado, paranoicos ante un posible ataque de grupos guerrilleros.

Una auténtica (por original) parodia de *western* que acaba en la jungla de concreto de Parque Central, a la que Orlando se integra en un brillante ejercicio de ironía y que es el foco axial donde confluyen Guardia Nacional, Disip, Policía Metropolitana y PTJ, a tratar de controlar la situación, y, en medio del enredo de funcionarios que rondan el área, empiezan a atacarse entre ellos. Pronto habrá heridos de bala, intoxicados por los gases lacrimógenos, lesionados. Todos darán órdenes, todos tratarán de mantener el orden, pero la paranoia se adueña de ellos. Finalmente, Colmenares y Alba hallarán a Orlando⁴ y escaparán del convulsionado escenario de Parque Central.

Ella está próxima y viene con pie callado, publicada diez años luego que la penúltima de esta serie de novelas con Caracas como escenario común, debe ser, sin embargo, probablemente más cercana en su concepción a las dos anteriores.

Caracas, la ciudad simulada de que habla Eduardo Cobos en el prólogo, vuelve a erigirse como el escenario donde un periodista,

David, que ha sido abandonado recientemente por su mujer, se hunde en una depresión que sólo alivia (o agrava) el alcohol.

Sin embargo, una noche, acodado en la baranda de su balcón, David será el espectador casual del simulacro de suicidio de una sus vecinas. Al seguirle la pista, David hace una serie de hallazgos que lo llevan a conjeturar que existe, más bien, un “Club de suicidas” en la ciudad del que su vecina formaría parte. Todo esto le sirve de excusa para entretener el tiempo que le ha quedado libre luego de que su jefe, en vista de su deplorable situación emocional, lo enviara a unas vacaciones obligadas a reponerse de la ruptura matrimonial.

Otorgándole una momentánea atmósfera de novela de suspenso, de policial, David prepara un artículo sobre este hallazgo y para ello procede como un detective, avanzando, en una azarosa pesquisa, entre las pistas que van armando un rompecabezas aparentemente descabellado: la existencia de un grupo de simuladores de suicidios.

Entretanto, evita reunirse con su ex esposa y se queja de la crucial situación que atraviesa el país en medio de intentonas de golpe, presidentes juzgados y sobres bomba (todo esto será enfocado como un aparente inciso en la trama, no como un punto medular, aunque sin embargo es notorio que las intenciones de Azuaje son la de contrastar dos dilemas de proporciones desiguales: un país que se derrumba moralmente y un personaje que, como su país, cae en picada y lucha por levantarse; en esto es importante tener en cuenta el epígrafe de la novela, tomado de Igor Barreto: “El país me dejó atrás. / Pero el país no fue a ninguna parte”.(p. 145)). Aunado a esto las pistas empiezan a develarse por sí solas y David va siendo conducido a situaciones extremas con la muerte que lo acercan definitivamente al presunto “Club”.

Tres novelas cortas que llegan en buen momento en medio de un panorama editorial nacional fortalecido por un control de divisas que ha obligado a las editoriales a mirar dentro de nuestras fronteras, a editar con mucho vigor y generosidad a autores nacionales, aunque no siempre la cantidad asegure la calidad y aunque haya mucho que reeditar (caso Azuaje) olvidado.

Notas

- ¹ Azuaje, Ricardo. (1986). *A imagen y semejanza o ese cuento lo leí en otra parte*. Caracas: Monte Ávila.
- ² Cfs: Balza, José (comp.). (1996). *El cuento venezolano (Antología)*. (3^{ra} edición). Caracas: Universidad Central de Venezuela; Miranda, Julio (comp.). (1998). *El gesto de narrar*. Caracas: Monte Ávila. Hay que destacar que en el caso del volumen preparado por Balza se trata de una antología que quiere abarcar buena parte de la cuentística venezolana (dejando fuera, eso sí, todo el siglo XIX), desde Pedro Emilio Coll hasta lo más reciente (hablamos de 1996), entre quienes se encuentra, cerrando el libro, Ricardo Azuaje. Por otra parte, la antología preparada por Miranda se centra en una generación de narradores nacida a partir de 1946, que empezó a publicar en la década de los 70 (el que más temprano) o de los 90 (el más tardío).
- ³ Azuaje, Ricardo. (1991). *Juana la Roja y Octavio el Sabrio en una playa de Willemstad, Anzoátegui*. Caracas: Fundarte; Azuaje, Ricardo. (1993). *Viste de verde nuestra sombra*. Caracas: Fundarte.
- ⁴ El momento en que Alba encuentra a Orlando merece un sitio en la galería de las más geniales, irónicas e inteligentes escenas de la literatura venezolana por la capacidad para condensar, en pocas líneas, buena parte de la historia de nuestro continente.